

DON RICARDO JIMENEZ EN UN CARRUSEL. LA CULTURA POPULAR Y LA IDENTIDAD COSTARRICENSE (1880-1914)

M.Sc. Iván Molina Jiménez

Universidad de Costa Rica

El escritor nicaragüense Manolo Cuadra quedó vivamente impresionado por la forma de ser de los costarricenses durante su primera visita al país, a comienzos de la década de 1940. Lo que más le sorprendió fue toparse, casi sin preámbulo, con el ex presidente Ricardo Jiménez:

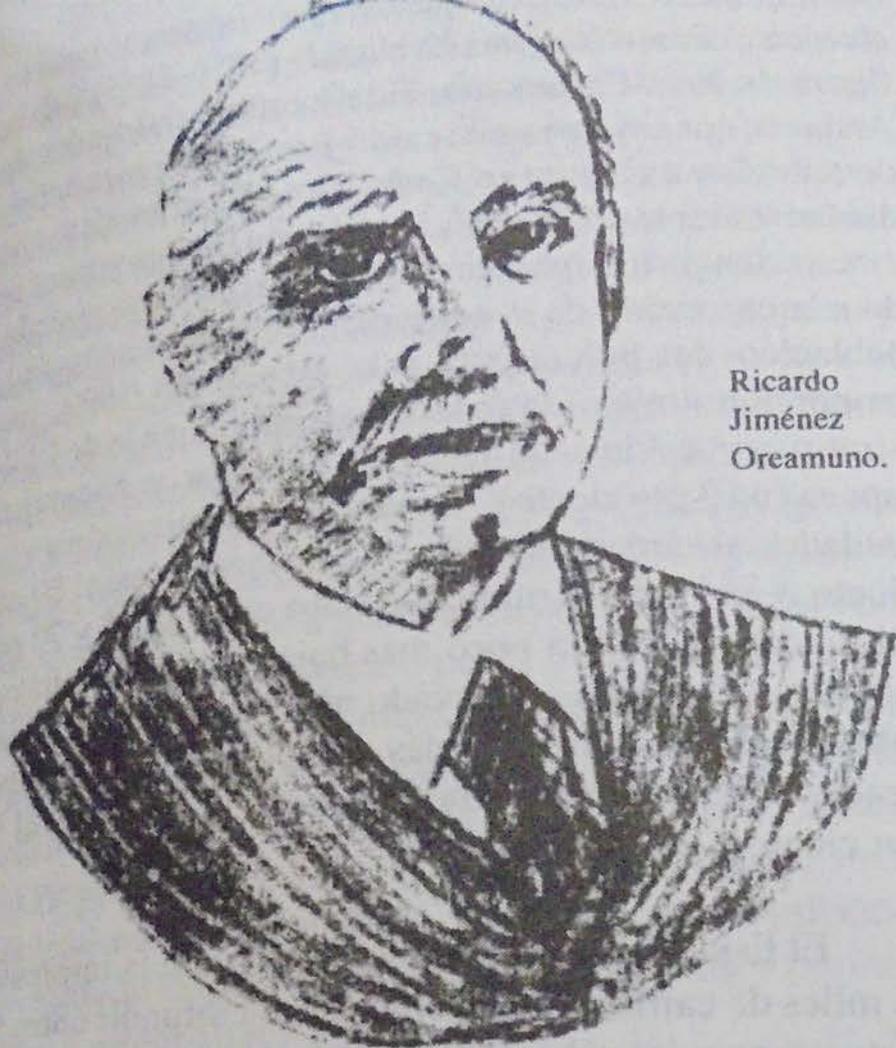
«Fue una mañana -advierde Cuadra- que el poeta Fernando Luján me acompañaba a las fiestas patronales de San José. -¿Quiere conocer a don Ricardo?- me preguntó de pronto. Al principio creí que trataba de bromearme, porque no veía por allí ni carros blindados, ni cascos de acero, ni motocicletas. ¿Dónde están las ametralladoras? -le contesté, preguntándole. Me señaló hacia un tiiovivo que giraba entre la grita de los chiquillos. Estaba el gran don Ricardo Jiménez, parado en el carrousel, equilibrando sobre un desalado caballito de madera, a su pequeña hija»¹.

La apacible imagen trazada por Cuadra evoca, a su vez, las ácidas críticas que la escritora Josefina Yolanda Oreamuno formuló a la Costa Rica de fines de la década de 1930: una sociedad hipócrita, bajapisos, mezquina y vanidosa, que se ufanaba de que sus políticos podían caminar por la calle sin escolta². El asombro del visitante nicaragüense, sin embargo, era legítimo: procedente de la fase temprana de la dictadura de los Somoza, descubrió que los ticos habían logrado consolidar un modelo de convivencia social y política distinta de las tradiciones violentas que prevalecían en los otros países del istmo.

La democracia costarricense, de la que se quejaba Oreamuno en 1938, era una excepción en la Centroamérica de la época, dominada por tiranías tropicales. Los factores que explican tal diferencia son variados y complejos, pero cabe destacar la cuestión de la identidad nacional. El proceso de invención de la nación fue exitoso en Costa Rica, en contraste con el alcance extremadamente limitado que tuvo en el resto del área. La experiencia se visualiza mejor desde una perspectiva de larga duración, única forma de identificar las transformaciones claves del siglo del café y el banano (1850-1950).

La cultura urbana (especialmente la josefina) empezó a europeizarse y a secularizarse con la expansión del café, un proceso que se intensificó en la década de 1840. Los cascos de las ciudades principales se ampliaron con la apertura de boticas, oficinas, caballerizas, taquillas y billares, al tiempo que el alza en el comercio exterior facilitaba la diversificación del consumo. Las tiendas de San José ofrecían las últimas modas de París, quesos de Holanda, jamones de Westfalia y un surtido de licores exquisitos. Las librerías exhibían las obras de Sue, Scott, Byron, Smith, Bentham y otros escritores célebres, y el Teatro Mora, inaugurado en 1850, era visitado periódicamente por compañías extranjeras³.

La secularización y europeización de la burguesía y de otros sectores urbanos se expresó en su adscripción a la ideología del progreso (en su sentido capitalista y positivista). La división cultural entre los cosmopolitas



Ricardo
Jiménez
Oreamuno.

de las ciudades y el grueso de los campesinos y artesanos, que seguían fieles a identidades locales, a creencias, costumbres y tradiciones de origen colonial, y al catolicismo, se profundizó en la década de 1880. Las reformas liberales de esos años agudizaron el conflicto, ya que uno de sus desafíos básicos era civilizar a las culturas populares: convertir a los de abajo en ciudadanos alfabetizados, identificados con la disciplina laboral, la higiene, la ciencia y la patria.

La primera fase de este esfuerzo civilizador se ubicó entre 1880 y 1889, y alcanzó tres logros principales: la invención de la nación costarricense, el impulso decisivo que se le dio a la alfabetización popular y la delimitación de la esfera de influencia de la Iglesia Católica. La identidad nacional, clave para superar el desfase creciente entre el cosmopolitismo de las jerarquías sociales y las

visiones de mundo de campesinos y artesanos, se basó en el rescate de la «Campana Nacional» (1856-1857) y de la figura de Juan Santamaría. Este humilde trabajador de Alajuela, que cayó en suelo extranjero (Rivas) para defender el orden existente en Costa Rica, era el modelo que debían imitar los de abajo⁴. La difusión urbana y rural de este nacionalismo fue bastante extensa, un éxito vinculado a la expansión de la educación. El 8 por ciento de la población del país asistía a la escuela en 1892, una proporción similar a la de Uruguay, superior a la de Chile y muy por encima de la de El Salvador y Nicaragua (apenas un 3 por ciento)⁵. La tasa de alfabetización en las ciudades, al empezar el siglo XX, alcanzaba casi el 80 por ciento, y en las áreas rurales oscilaba entre un 65 y 70 por ciento (con cifras un poco más bajas para las mujeres). Limón contaba con un elevado número de personas que sabían leer y escribir en inglés, y el porcentaje de alfabetizados en Puntarenas y Guanacaste se aproximaba al 50 por ciento.

El Estado apoyó la alfabetización con la impresión de miles de cartillas, cuyo objetivo era difundir entre los sectores populares los valores del nacionalismo y de la ciencia. La geografía facilitó este proceso, ya que la mayoría de la población del país se concentraba en un espacio muy pequeño, una característica que favoreció a la vez la irradiación de la cultura urbana en el agro. Los de abajo respondieron al afán civilizador de los liberales de una manera variada: adscribieron la ideología nacional y se identificaron como costarricenses, y al alfabetizarse, transitaron de una cultura en esencia oral a la escrita.

Los campesinos y artesanos, sin embargo, rechazaron la persecución liberal de sus tradiciones y costumbres (en especial las asociadas con la medicina popular); se opusieron a una concepción del tiempo que constreñía la jornada de trabajo a los dictados del reloj y el calendario; resintieron la descalificación de sus creencias, etiquetadas como supersticiones; y se resistieron a enviar a sus hijos a la escuela, una obligación que restaba brazos al quehacer familiar. Esta insatisfacción, en un contexto de diferenciación social creciente, fue aprovechada sin tardanza por la Iglesia Católica.

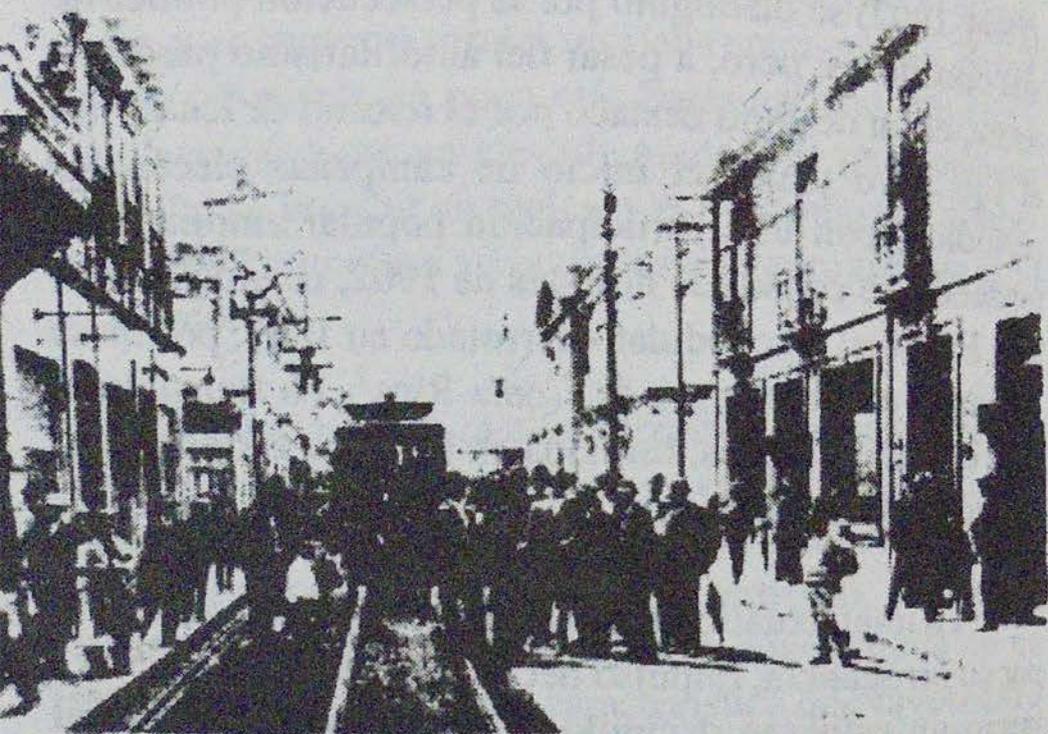
La clerecía concordaba con varios de los objetivos de los liberales, en cuenta la transformación de la cultura popular, pero difería en las vías (evangelización en vez de civilización) y se oponía a la secularización social patrocinada por el Estado. La Iglesia se quejaba ante todo por la pérdida de control sobre la educación y por la intromisión estatal en el área de la familia, al aprobarse el matrimonio civil y el divorcio. El descontento popular y el de la Iglesia se articuló con la oposición política al gobierno de Bernardo Soto, una alianza que culminó en el levantamiento del 7 de noviembre de 1889⁶. El período de José Joaquín Rodríguez (1890-1894) y de Rafael Iglesias (1894-1902) se distinguió por la persecución política de sus opositores; pero, a pesar del autoritarismo predominante, el fin de siglo destacó por el retorno de los civiles al Ejecutivo y por el inicio de campañas electorales periódicas con una participación popular amplia. Esta tendencia se consolidó después de 1902, cuando Ascensión Esquivel, el candidato derrotado en 1889, por fin se convirtió en Presidente de Costa Rica⁷. La transformación cultural del país, limitada en los doce años previos, volvió a tomar auge.

La intelectualidad liberal, denominada el «Olimpo» por su arrogancia, impulsó decisivamente la educación e inició un esfuerzo decidido para mejorar la salubridad pública⁸. El otro desvelo básico fue fortalecer el control social. El Estado fomentó la profesionalización de la policía (en cuenta la de higiene), inauguró una moderna Penitenciaría en 1907 y apoyó la vigilancia de las organizaciones de beneficencia, especialmente las de las damas vicentinas. El trasfondo de esta política era controlar a los sectores populares, y en particular al submundo de criminales, prostitutas y otros marginales que se expandía en el universo urbano⁹.

La segunda fase del esfuerzo civilizador de los liberales fue complicada por dos procesos paralelos y diferentes. El temprano siglo XX fue testigo de una veloz radicalización de ciertos círculos, que contribuyeron a difundir entre artesanos y obreros los idearios anarquista y socialista. La mayoría de estos izquierdistas se educaron

después de 1880, y muchos se beneficiaron de becas estatales, orientadas a cooptar los hijos talentosos de familias campesinas y artesanas. Estos jóvenes pronto resintieron el dominio de los intelectuales de más edad y más conservadores, un factor que estimuló la disidencia inicial del novelista Joaquín García Monge, del educador Omar Dengo y del poeta José María Zeledón¹⁰.

La radicalización intelectual, sin embargo, estaba vinculada a un conflicto cultural más profundo que el meramente generacional. La burguesía cafetalera y los



San José a principios del siglo XX.

liberales, esencialmente cosmopolitas, adscribían los arquetipos europeos sin vacilar y apreciaban poco las producciones nacionales, literarias o plásticas, que empezaron a florecer en el ocaso del siglo XIX. El reto que encaraban los jóvenes artistas o intelectuales de 1900 era abrirse un espacio en ese contexto hostil y vencer ese prejuicio, que perjudicaba su inserción exitosa en el aparato estatal, fuente básica de un empleo seguro.

La estrategia de los radicales fue ampliar el mercado cultural de la época con base en la explotación de la «cuestión social»: la pobreza asociada con el crecimiento

agroexportador. Este fue uno de los ejes temáticos de sus cuentos, novelas, ensayos y poesías. El discurso izquierdista, en una época de creciente diferenciación social, tuvo una acogida favorable en el mundo de los artesanos y los obreros urbanos, aunque solo un sector de los mismos se radicalizó¹¹. La Iglesia contribuyó a que así fuera: ante el nuevo peligro rojo, aprovechó sus experiencias electorales de movilización de artesanos y campesinos para organizarlos en círculos católicos, con el fin de defender la fe¹².

El éxito de los radicales fue limitado a la vez por sus propias actitudes: al igual que los liberales, estos jóvenes sentían un profundo desprecio y temor por la cultura popular, especialmente por su perfil plebeyo. Los de abajo no necesitaban ser evangelizados ni civilizados, sino redimidos mediante una educación apropiada, la que ofrecían los propios disidentes. La izquierda, aparte de descalificar las tradiciones, costumbres y creencias de campesinos, artesanos y otros trabajadores, tendía a subvalorar sus estrategias de sobrevivencia, sus experiencias sociales y su capacidad de lucha¹³.

El esfuerzo evangelizador, civilizador y redentor de eclesiásticos, liberales y radicales fue complicado todavía más por otro proceso. La alfabetización popular posterior a 1880 le abrió la puerta a la cultura de masas. El teatro, uno de los ejes de las diversiones urbanas de fines del siglo XIX, fue rápidamente desplazado por el cine después de 1910, al tiempo que se extendía el consumo de las novelas de aventuras y del corazón, y de una prensa sensacionalista. Este proceso se consolidó ulteriormente, con el ascenso del fútbol, la expansión de la música popular y el debut de la radio en la década de 1930¹⁴.

El afán por transformar y controlar a los de abajo fue superado por una ampliación decisiva del mercado cultural, que desbordó los límites del Estado, la Iglesia y los intelectuales. La sociedad civil, con la alfabetización masiva y el avance de la cultura escrita, se diversificó y se complejizó: en el curso de este cambio, cristalizó una esfera pública basada en la organización creciente de los

distintos actores colectivos, en la confrontación constante de los puntos de vista y articulada por la palabra impresa. El país, entre 1880 y 1910, fue escenario de la circulación de unos 250 periódicos y revistas, de la impresión de casi 1.400 libros y folletos, y de la fundación -por lo bajo- de unas 125 asociaciones profesionales, deportivas, sociales, científicas y de beneficencia¹⁵.

El giro izquierdista de ciertos círculos intelectuales y de trabajadores fue clave en la configuración de los partidos políticos que se fundaron después de la dictadura de los Tinoco (1917-1919). El énfasis que el Reformista (1923) y el Comunista (1931) dieron a la cuestión social obligó a las viejas maquinarias electorales de los liberales a actualizar su discurso y su práctica y a incluir en su agenda diversas reivindicaciones populares. La crisis de 1930, de creciente organización de los de abajo y de conflictos agudizados, fue el marco en que se fortalecieron vanguardias identificadas con la reforma social.

La identidad costarricense, en el curso de estos procesos, se transformó a su vez. El nacionalismo liberal, basado en los símbolos militares de la «Campana Nacional», carecía de un contenido socioeconómico específico. Los pequeños y medianos productores de café y los artesanos y obreros urbanos se lo dieron, poco a poco, después de 1900. Los caficultores, en su lucha contra los beneficiadores, asociaron democracia política y pequeña propiedad fundiaria; y los asalariados, al calor de sus protestas, convirtieron la justicia social en un componente básico de la legitimación del poder público¹⁶.

La figura de Ricardo Jiménez en el tiovivo y sin escolta, que tanto sorprendió a Manolo Cuadra, expresa los alcances y límites de un sistema político que integró a los de abajo y fue modificado en parte por sus luchas. La cultura popular asimiló, en sus propios términos, el nacionalismo inventado por los liberales a fines del siglo XIX. La ampliación posterior del mercado cultural permitió que campesinos y trabajadores desafiaran el modelo cívico que se les ofrecía oficialmente, y que valorizaran sus reivindicaciones en la -cada vez más competitiva- arena

electoral de la época. La identidad costarricense, en este contexto, adquirió un contenido social y económico favorable a los procesos de reforma.

Notas

1. Cuadra, Manolo. **El gruñido de un bárbaro. Visiones y confesiones** (Managua, Nueva Nicaragua, 1994), pp. 135-136.
2. Oreamuno, Yolanda. «El ambiente tico y los mitos tropicales» (1938).
3. Fumero, Patricia. «La ciudad en la aldea. Actividades y diversiones urbanas en San José a mediados del siglo XX». Vega, Patricia. «De la banca al sofá. La diversificación de los patrones de consumo en Costa Rica (1857-1861)». Molina, Iván y Palmer, Steven, eds. **Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)** (San José, Plumsock Mesoamerican Studies, 1992), pp. 77-135.
4. Palmer, Steven. «Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)». Molina y Palmer. **Héroes al gusto...**, pp. 169-205.
5. Molina, Iván. «Mercancías culturales. Libros europeos en las bibliotecas nacionales de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica (1880-1889)». **Revista de Filosofía**. San José (en prensa).
6. Salazar, Orlando y Jorge Mario. **Los partidos políticos en Costa Rica** (San José, EUNED, 1993), pp. 12-14.
7. Salazar, Orlando. **El apogeo de la República liberal en Costa Rica, 1870-1914** (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1990), pp. 183-211.
8. Palmer, Steven. «Adiós laissez-faire: la política social en Costa Rica. 1880-1940». **Anuario de Estudios Centroamericanos**. San José (en prensa).
9. Marín, Juan José. «Prostitución y pecado en la bella y próspera ciudad de San José (1850-1930)». Molina, Iván y Palmer, Steven. **El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)** (San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1994), pp. 47-80. Barrantes, Luis Osvaldo et al. «Política social, beneficencia y abandono de niños en Costa Rica (1890-1930)». **Memoria de Graduación** (Universidad de Costa Rica, 1995). Palmer, Steven. «Confinement, policing, and the emergence of social policy in Costa Rica, 1880-1935». Salvatore, Ricardo y Aguirre, Carlos,

eds. *The birth of the penitentiary in Latin America. Essays on criminology, prison reform, and social control, 1830-1940* (Austin, University of Texas Press, 1996), pp. 224-253.

10. Quesada, Alvaro. **La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)** (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988). Morales, Gerardo. **Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914** (Heredia, Editorial Universidad Nacional, 1993). Molina Jiménez, Iván. **El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)** (San José, Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 1995).
11. Oliva, Mario. **Artesanos y obreros costarricenses 1880-1914** (San José, Editorial Costa Rica, 1985).
12. Salazar. **El apogeo...**, pp. 183-190 y 258-266.
13. Molina Jiménez. **El que quiera divertirse...**, pp. 178-186.
14. Fumero, Patricia. **Teatro, público y Estado en San José, 1880-1914** (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1996). Aguilar, Grace et al. «Exhibiciones cinematográficas en Costa Rica (1897-1950)». **Memoria de Graduación** (Universidad de Costa Rica, 1996).
15. Molina Jiménez. **El que quiera divertirse...**, pp. 167-194.
16. Acuña, Víctor Hugo. **Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas** (San José, CENAP-CEPAS, 1986). Idem. «La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)». **Revista de Historia**. San José, N° 16 (julio-diciembre de 1987), pp. 137-159. Molina Jiménez, Iván. «Los pequeños y medianos caficultores, la historia y la nación. Costa Rica (1980-1950)». **C.M.H.L.B. Caravelle**. Toulouse, N° 61 (1993), pp. 61-73.

